

ARRIAZA Y SUPERVIELA, JUAN BAUTISTA DE (1770-1837)

LIBRO IV

LAS DE LA RESTAURACIÓN

INDICE:

La real ofrenda

Soneto

El regreso de Fernando

Himno

Inscripciones hechas por el autor para los arcos triunfales preparados por la heroica Villa de Madrid para celebrar la entrada de S. M. a su vuelta de Francia
Himno de los guardias de la real persona al Rey nuestro Señor, su Coronel, en su agosto día

El ramillete

Inscripciones

Parabién poético en ocasión de los reales enlaces de S.M. y A. 1816

Inscripciones en las reales exequias

Entrada en Madrid de la Reina nuestra Señora, 1819

Soneto

Epitalamio real, 1819

Oda

Sobre la situación de España en el año XX

En el día de la restauración en 1823

Oda

La Gloria militar en obsequio de nuestro heroico libertador

Soneto

Epístola a Fanni sobre el asedio de la isla gaditana

Realidad en ilusión

Melodrama

Himno

El gozo público

Cantata

Ideas poéticas en ocasión de un concierto dado a SS. MM. por su primer pintor de cámara D. Vicente López

En el día de San Fernando el deseo inútil

Soneto

En el mismo día al río que pasa por Aranjuez

Soneto

Oyendo anunciar las campanas las exequias del dos de mayo

Soneto

En el aniversario de la entrada del Rey nuestro Señor en Madrid a su vuelta de Francia

Soneto

En el día del cumpleaños de la Reina nuestra Señora

Soneto

Inscripciones que se leían en los arcos erigidos para recibir a SS. MM y AA. de vuelta a su Corte y Trono. Año de 1823

En el arco grande erigido en la calle de Alcalá

Lápidas del primer frente

Lápidas del segundo frente

Sobre las estatuas colocadas dentro del arco principal

En el arco del ayuntamiento

Sobre los arcos triunfales con que fue recibida la Reina nuestra Señora a su primera entrada en Madrid

Arco de la villa

La noria triste, o los tres niños ahogados en una de las del Retiro

Canto lírico

En el túmulo erigido por la duquesa de B. a su difunta hija la marquesa de C.

En el sepulcro de los amantes del Rey que salieron a recibir a las tropas realistas, y fueron degollados por los revolucionarios en el camino de Alcalá

Epitafio

Al descubrirse desde el camino el Real Monasterios del Escorial, en ocasión del besamanos por el aniversario de la restitución del Rey nuestro Señor a sus dominios

Soneto

Cualidades de los buenos versos, y de los buenos poetas

Canto didáctico

Carácter, estilo y propiedad conveniente a cada género de poemas

Canto segundo

LIBRO IV

Las de la Restauración

Contiene poesías pertenecientes a las felices épocas de Restauración. Años 1814 y 1823

La real ofrenda

Soneto

La humilde lira, cuyos tristes sonos
escuchaste cautivo en tierra extraña,

cuando esparciendo luto, en noble saña,
inflamaba por Vos los corazones;

La voz que os saludó con sus canciones
al bajar de Pirene la montaña,
clamando «vuelve al Trono» de tu España
serenando disturbios y facciones;

la que lejos de Vos tan vuestra ha sido
que ni la amancilló poder tirano,
ni autoridad intrusa, ni partido;

esa hoy eleva a vuestra regia mano,
señor, cuanto su amor le ha sugerido
en gloria vuestra, y del renombre hispano.

EL REGRESO DE FERNANDO

Introducción

Cielos ¡qué miro!... ¡La española escena
de tanta majestad y gloria llena!...
¡Fernando, el deseado, el perseguido,
por quien todo español ha combatido
mostrando entre los bélicos enojos
rabia en el corazón, llanto en los ojos!...
¡La joya que la España ha disputado
contra ella a todo el universo armado,
recuperada vuelve a nuestro seno!
Gracias, eterno Dios, Señor del trueno,
y el rayo justo, que lanzó tu mano
para hacer polvo a un pérfido tirano:
gracias, pues tal valor, tanta constancia
conservaste en los hijos de Numancia,
que, con desprecio al enemigo bando,
supieron proclamar: «muerte, oh Fernando».
Volved los ojos; vedle, si un momento
os lo permite el llanto del contento:
él es, sí, el nieto del augusto abuelo
por quien las bellas Artes nuestro suelo
vieron en mil prodigios floreciente:
la misma majestad brilla en su frente;
a nuestro amor conserva igual derecho;
igual beneficencia en su real pecho.

Aun ausente, mandó en los corazones;
y hasta el soberbio autor de sus prisiones,
al ver su porte y su semblante augusto,
decía exclamando entre despecho y susto:
«mi poder en Fernando al fin se estrella,
pues España le adora, y reina en ella.»

Pueblo que le lloraste en tu memoria,
pues le llegaste a ver, canta su gloria.
Su gloria, que es guirnalda de la nuestra,
y con alegre luz también se muestra
en los ojos del caro augusto hermano,
y el real semblante de su tío anciano.
Pero ¿qué versos a su nombre iguales,
de las musas qué cantos inmortales
le dirán nuestro amor?... Señor, perdona,
si, por laurel debido a tu corona,
repetimos los cantos militares
que hicieron al paisano en sus hogares
impávido arrostrar su adversa suerte,
cantando y peleando hasta la muerte.
Ellos entretuvieron la esperanza
de nuestra independencia y tu venganza;
y el eco del cañón fue el instrumento
con que dimos tu nombre augusto al viento.
Mas escuchad, primero, el dulce tono
con que de corazones en un trono
os volvéis a sentar. Y así haga el cielo,
Fernando, al fin, que del Íbero suelo
aun la sombra del mal tu nombre ahuyente,
y que brille a los ojos de tu celo
como un prado anchuroso y floreciente;
cuando ni nubes, ni vecinos montes
estrechan los serenos horizontes;
donde el sol si se asoma en el oriente
de una cuna de flores se levanta;
en el calor de la ardorosa siesta
de flores un océano domina;
y cuando en occidente al fin declina
sobre un lecho de flores se recuesta.

HIMNO

Coro

Vuelve al trono, Fernando querido,
sube en brazos del pueblo más fiel,
tú le harás tan feliz como has sido
sostenido y vengado por él.

Voz sola

Largo tiempo tu ausencia ha llorado
la constancia del pueblo español:
no es tan triste a la luna el nublado,
no es tan negro el eclipse en el sol.
Pero ya que tu vista descuella
de la guerra entre el luto y horror,
no es tan dulce en borrascas la estrella,
no es tan grata en desiertos la flor.

Deja, deja esa tierra homicida,
que con grillos tu gloria ultrajó,
vuelve, vuelve a esta patria querida,
que con sangre tu injuria vengó.
Si ven ruinas al paso tus ojos,
bienes son que nos trajo el francés:
mas también son sus viles despojos
esos huesos que pisan tus pies.

Cuando al margen del Ebro llegares
ten presente, al mirar sa raudal,
que no daba el tributo a los mares
sino en sangre enemiga o leal.
Zaragoza te dice humeando
que se supo abrasar, no rendir,
y aun de noche «venganza, Fernando»
sordos ecos se escuchan gemir.

Mas del pueblo, a quien dio la fortuna
en su seno mirarte al nacer,
que de flores cubrió tu real cuna,
y entre abrojos te ha visto crecer;
de Madrid, tal será la alegría,
cuanto fue de perderte el dolor
mayo sólo te acuerda en un día
de Madrid la fineza en tu amor.

Al entrar por su puerta dichosa,
entre vivas y alegre efusión,

¡Cuánta vista en el Prado azarosa
turbará tu leal corazón!
Aquí fue por Fernando el delirio;
por Fernando allí el pueblo lidió;
y allá fue de la gente el martirio
que muriendo a Fernando invocó.

Mas tu nombre triunfante sonando
ya destierra la antigua aflicción,
y a los timbres del quinto Fernando
va de nuevo a elevar la Nación.
Al soldado, que sólo en tu nombre
fue terror de la pérfida grey,
nada habrá que en el orbe le asombre
cuando lleve por jefe a su Rey.

Reina: premia, y perdona en la tierra
de quien eres el Iris gentil:
ven a dar nuevo aliento a la guerra.
Y a enfrenar la discordia civil:
tú sabrás reprimir la anarquía,
pues en Francia admiraste su error:
tú odiarás la feroz tiranía,
pues sufriste a un tirano opresor.

Rompa, ya que tu esfuerzo ha probado
la desgracia su adverso crisol;
y tu vista a su brillo eclipsado
restituya el imperio español.
Y a los rayos de gloria, que en tanto

se difundan del regio dosel,
que se enjuguen la sangre y el llanto
que han regado tu hermoso laurel.

INSCRIPCIONES HECHAS POR EL AUTOR
PARA LOS ARCOS TRIUNFALES PREPARADOS POR LA HEROICA VILLA DE
MADRID PARA CELEBRAR LA ENTRADA DE S.M. A SU VUELTA DE FRANCIA

Sobre el arco de en medio, que era imitación del de Tito en Roma.
-Inscripción en prosa

¡Fernando! ¡Fernando! ¡Fernando!
Elegiste el cautiverio; y abandonar tu cuello inocente

a la cuchilla de un verdugo
antes que derramarla sangre de tu indefenso pueblo.
Pero de este la prodigiosa constancia
fatigó a la ambición misma.
Desmayaron los brazos del atónito tirano.
Madrid decora con el arco triunfal de Tito el camino
de tu libertad.
Entra, y descansa en el trono de tus mayores.

Sobre el de la derecha

Tiniebla y luz a un tiempo, no es posible;
ni estar vicio y virtud al par reinando:
cayó Napoleón, cometa horrible,
y álzase y brilla el astro de Fernando.

Sobre el de la izquierda

Hijos, haciendas, leyes y exenciones,
todo nos lo robó la tiranía:
mas robar no logró los corazones:
y allí Fernando oculto residía.

Sobre otro arco junto a la casa de Villa: en nombre del Ayuntamiento

La cabeza del pueblo, que fue osado
a insultar al tirano en su victoria,
hoy rinde a su Monarca recobrado
homenaje de amor y eterna gloria.

Otra inscripción colocada en una de las rejas de casa del Excmo. Sr. Duque de Alagón

Ni al nacer más deseado,
ni al vivir más perseguido,
ni a más precio rescatado,
cual tú, Fernando adorado,
príncipe en el mundo ha habido.

Sol eres, que al despuntar
en un mar de llanto un día
España te vio eclipsar;
y hoy vuelve a verte entre un mar
de lágrimas de alegría.

HIMNO DE LOS GUARDIAS DE LA REAL PERSONA AL REY NUESTRO SEÑOR,
SU CORONEL, EN SU AGUSTO DÍA

Coro

Relumbre el acero y el casco brillante,
tremolen penachos de palma y laurel;
y en torno a Fernando su guardia constante
celebrese el día del gran Coronel.

Voz

Clarín de la gloria, que al cielo levantas
las altas virtudes con eco inmortal,
el Rey que adoramos se adorna con tantas
que a él solo se debe tu eterno metal.
Alarme al Olimpo tu acento, anunciando
la Aurora festiva que hoy vemos brillar,
verás las virtudes del cielo bajando
del dulce Fernando la sien coronar.

Mas ¿qué nos detiene? Fernando querido,
la voz de tus pueblos te basta en loor;
tus guardias leales por ti han aprendido
al son de las armas los cantos de honor.
Seis años nos vimos sin jefe, sin guía,
la muerte mostrando su pálido horror;
tu nombre, que entonces las filas corría,
los pechos llenaba de alegre valor.

Así combatimos; y pocos quedamos,
siguiendo animosos tu regio pendón.
Castilla es testigo; sus campos dejamos
manchados con sangre, mas no con baldón.
Si acaso nos cupo destino más grato,
y en quietas ciudades fijamos el pie,
tu imagen querida y tu agusto retrato
guardábamos siempre con celo y con fe.

¡Oh fe bien premiada! Tras tantos enojos
al fin nos es dado tu vida guardar:
tal ceden avaros, entre olas y abrojos,
sus flores el prado y sus perlas el mar.
Festejar tu día se da a nuestro anhelo:
día en que del carro se levanta el sol
a esculpir con oro, por el ancho cielo,

«Fernando es delicia del Pueblo Español.»

¡De cuán bellas obras seremos testigos!
Ya del solio bajas al triste hospital,
ya estés consolando presos y mendigos,
la cárcel y el foro sorprendiendo igual;
dar honra al soldado, de su sangre en fruto,
las artes, las ciencias, la industria amparar;
y del poder regio, por digno atributo,
convencer al reo, y al fin perdonar.

Así de Fernando brillante se ostenta
la hermosa diadema con tanto matiz:
quien vive en sus leyes, dichoso se cuenta;
quien muere por ellas, aún muere feliz.
Ni que el hado ejerza sus caprichos varios,
ni que la Elba lance su monstruo cruel,
si en el orbe encuentra su gloria contrarios,
el orbe enemigo retamos por él.

Genios tutelares, que en su cautiverio
defensores fuisteis de su bella edad,
y que en vuestras alas al hispano imperio
con su Rey trajisteis paz y libertad:
prodigad hoy rosas a su augusta frente,
y con canto hacedle de celeste voz
olvidar los males que sufrió inocente,
y aún de su tirano la memoria atroz.

EL RAMILLETE

Acoged hoy, Señor, grato y benigno
un doméstico don de humilde mesa:
obsequio al fin, que si de Vos no digno,
amor sin tasa y lealtad expresa.

Sí, buen Fernando, admite así amoroso
nuestro festejo y pobres regocijos,
cuanto es a un tiempo padre más sabroso
el pan que come en medio de sus hijos.

Nuestro jefe, que un tiempo fue testigo
de tu opresión y tu penar injusto,
así como el dolor partió contigo,

el intérprete es hoy de nuestro gusto.

Sencillo amor el plato te sazona:
¡Cómo no has de apreciar tan fiel anhelo,
si, aun primero que el cetro y la corona,
un corazón hermoso te dio el cielo!

Tu prisión recordando y nuestra pena,
corazones enlazan tu retrato;
¿Y quién podrá negarse a tal cadena
si no es el corazón de algún ingrato?

Tras el pagado luto ¡qué halagüeña
nos colmó tu presencia de alegría!
Feliz la hija del sol, la hora risueña
que abrió el cancel de tan hermoso día.

En ella vio nuestra esperanza ansiosa
lo cerca del dolor que el gusto alinda:
sangre suele costar coger la rosa,
y cuanto cuesta más, tanto más linda.

Así, como a la reina de los prados,
gozamos al que es Rey de nuestras almas:
¡oh! Dichas mil prodígenos los hados;
la Paz su oliva, o la Victoria palmas.

INSCRIPCIONES

En el costado de frente de S.M.

Por los años desdichados
que pasaste en cárcel triste,
y amasado el pan comiste
con sospechas y dolor;
hoy te ofrecen tus criados
este ramo que te expresa
ser ya platos de tu mesa
la ternura y el amor.

Para el costado opuesto

¡Cuánto brilla una diadema
en las sienas de un Rey justo!

Bien lo ve, Fernando Augusto,
quien la adora en vuestra sien.
A esta dicha y gloria extrema,
que perdida recobramos,
este obsequio tributamos
en eterno parabién.

PARABIÉN POÉTICO EN OCASIÓN DE LOS REALES ENLACES DE S.M. 1816

Qué ángel, qué genio, o qué divina Aurora
abre las puertas de un feliz oriente
al destino español, que así le dora
con desusada luz resplandeciente!
Rayos de gozo y paz consoladora
relumbran por los mares de occidente;
Y el Iris celestial su arco lozano
tiende desde el Brasil al suelo hispano.

¡Quién me dará las alas que de un vuelo
me eleven hasta el templo del Destino,
donde Febo gentil ceda a mi anhelo
su lira de oro, y su cantar divino!
Seguro entonces describiera el velo
de dichas que ahora tímido adivino,
que anuncian el rayar de un fausto día,
e inundan de placer la patria mía.

Ella disfruta un bien, que tiempo largo
lloró perdido, y recobró con gloria,
su dulce posesión fiando a cargo
de la fidelidad y la victoria:
Fernando era este bien; más un amargo
recuerdo acibaraba su memoria,
y es que el solio español tanto refleja,
cuanto el tálamo Real yermo se queja.

Ansiaba ver un árbol tan glorioso
de nueva flor y vástagos vestido:
el raudal de sus dichas generoso
en bellos hilos de agua dividido:
de su suerte el cimiento venturoso
con graciosas columnas sostenido,
y del ciclo español el sol dorado
en imágenes bellas reflejado.

Mas ¡qué podrás al gusto de tus hijos
como buen padre rehusar Fernando!
Tú no consientes anhelar prolijos
los dulces votos que los ves formando;
mas en el trono Lusitano fijos
los ojos, con mirar sereno y blando,
pronuncias, y obediente a tu deseo
se arroja Amor en brazos de Himeneo.

Arde en Amor el tronco de Braganza,
retiemblan de placer sus ramas bellas,
y creciendo al calor de la esperanza
una, más dulce y más dichosa entre ellas,
tanto en las auras elevarse alcanza,
que con su flor ya raya en las estrellas,
en donde al tronco de Borbón tocando,
tus sienes baja a coronar Fernando.

Y esta rama, esta flor, ¡oh maravilla!
Es Isabel, ¡oh voz de encanto llena!
¡Y cuán dulce en los campos de Castilla
Isabel de Fernando al lado suena!
Parece que de nuevo se amancilla
junto a la suya toda gloria ajena,
y otra vez vuelve a producir por mieses

Bazanes, Lasos, Córdoba, Corteses.
Ya del Brasil la aurífera ribera
con delicado pie pisa la Esposa:
ya va en la nave próspera y ligera
rauda surcando la llanura undosa:
Eolo y Tetis le abren la carrera;
y la Gloria inmortal manda oficiosa
que, respondiendo a nuestros dulces votos,
Gama y Colón la sirvan de pilotos.

Nave que a un tiempo los destinos guardas
de dos Monarcas y de dos Naciones,
¡oh qué de siglos, aun volando, tardas
en serenar la angustia en que nos pones!
Tiende las alas prestas y gallardas,
boga por esas líquidas regiones,
y llega pronto a deponer dichosa
en brazos de mi Rey tu carga hermosa.

Verás de cuantos hijos de la guerra
la voz alegre tu llegada aclama;
unos que aún pisan la española tierra,
otros que el templo habitan de la Fama,
tantos presagios de ventura encierra
de Braganza y Borbón la doble rama,
tantos recuerdos de inmortal renombre
de Isabel y Fernando encierra el nombre.

Óyelo, y aún parece que encantada
la América depone el furor ciego,
«y a unión tan bella, dice, estoy postrada;
ella me descubrió, y a ella me entregó.»
Con España de nuevo ya enlazada,
de amor respira y no de guerra el fuego,
su paz jurando en vivas de alegría,
por Fernando, Isabel, Carlos, María.

María y Carlos, que seguís las huellas
del gran Monarca al ara de Himeneo,
también vosotros os mostráis estrellas
en que venturas de mi patria leo:
¡Qué mejor signo de esperanzas bellas!
¡Qué más presagio, qué mayor trofeo
que el ver formando lazos soberanos
las dos hermanas y los dos hermanos!

Ante estos lazos, que rendido adoro,
no más los hados seguirán adversos;
volverá el fruto de los siglos de oro,
las dulces paces y los dulces versos
ciencias y leyes se unirán en coro
para hacer juntas guerra a los perversos,
y el orbe todo rendirá sincero
veneración y amor al trono íbero.

Así prodigue el Cielo sus favores
sobre mi patria, a vuestros pies rendida,
mas que veréis nacer hermosas flores
a vuestros pies en la estación florida.
Pare el tiempo sus pasos destructores,
sin que por día cuente en vuestra vida
de nuestro globo un círculo diurno,
sino la órbita inmensa de Saturno.

INSCRIPCIONES EN LAS REALES EXEQUIAS

1

Pura como la luz Isabel bella,
volvióse al astro de quien fue centella:
quien imitare su inocente vida,
llórela ausente, pero no perdida.

2

De una piadosa reina a los despojos
se alza ese luctuoso monumento;
que aún pudieran gozarla nuestros ojos,
si no nos la encubriera el firmamento.

3

En el atrio de la Iglesia
Hoy el dolor de un Rey el templo santo,
en honra de Isabel, cubre de luto:
ven, Pueblo, a dar a la que abaste tanto
un triste adiós por último tributo.

ENTRADA EN MADRID DE LA REINA NUESTRA SEÑORA 1819

Soneto

Vi a la Modestia huyendo ruborosa
ojos, que la buscaban a millares;
bella, como la perla de los mares
suele salir, o del botón la rosa.

Vila con sencillez majestuosa
recibir los aplausos populares,
cual si fuera tributo a otros altares
el que se diera a su presencia hermosa.

Vila al Palacio con graciosa huella
subir; dando miradas de dulzura
al pueblo que por verla se atropella.

Y al fin, llegando a la suprema altura,
vi sentarse en el solio a par con ella
la gracia, la virtud, y la hermosura.

EPITALAMIO REAL

Oda

La destrucción fatal que al mundo aflige,
y la conservación de los mortales
con incesante acción luchan iguales.
Ésta al humano corazón dirige,
que fluctuando en su voluble encanto,
hoy es contento en él lo que ayer llanto.

Así el invierno a la estación florida
sucede; así las nieves a las flores,
así alternan placeres y dolores.
Y en el vaivén de nuestra frágil vida
del mal al bien, ¡cuán lenta es la balanza!
Del bien al mal, ¡cuán rápida mudanza!

Pues si tal es la ley, y un grato estruendo
oigo excitando a pública alegría
desde el alto palacio a la alquería;
si el cóncavo metal voltea hiriendo
los aires con sus trémulos sonidos,
y el cañón con sonoros estampidos;

¡Qué haces, cítara ociosa, que no acudes
de Himeneo a juntarte al grato acento
que en cielo y tierra resonando siento!
Lisonjas no, benéficas virtudes
sólo reclaman hoy tus cuerdas de oro:
¡podrás negarte a tan amable coro!

Saliendo de, entre bosques olorosos,
ven, Zéfiro gentil, benigno a España:
la aroma esparce que tus plumas baña:
O el ámbar, que Cupidos vagarosos
destilan de sus alas celestiales,
de Pafos sobre tálamos nupciales,

Pero ¡qué es la fragancia y los olores
exhalados de rosas y jazmines,
ni ambiente de aromáticos jardines,
Junto al aura feliz de mil amores

que al áureo carro cerca, y acompaña
el encanto del Elba a nuestra España!

Pronto el coro de Gracias a su frente
dirá el velo nupcial: pronto en el ara
encenderá el Amor su antorcha clara:
Y entonces, ¡ay! ¡quién pintará elocuente
del agitado seno la ternura!
Sólo el sentirlo es tuyo alma Natura.

Ven, Himeneo; y cual la nieve puros
los reales pechos plácido regala:
el fuego amante de las dos iguala;
Y adormidos en paz goce, seguros,
mientras que junto al tálamo halagüeño
alma Fecundidad les guarda el sueño.

Que ella propicia al fin vierta a raudales
flores sobre la augusta ceremonia
que hoy une el tronco Íbero al de Sajonia.
Y que, viniendo en pos frutos iguales,
al dulce rayo de tan fausto día
resuene Iberia en himnos de alegría.

Iberia, ¡oh Patria! A cuyo ardiente brío
se debe el golpe de terrible encono
que al opresor precipitó del trono:
a tus pies se estrelló su poderío:
y la cerviz del pérfido caudillo
doblose a tu patriótico cuchillo.

Por amor a tu Rey, Iberia altiva,
hiciste, vuelta a tu valor primero,
emula de tu fama al mundo entero.
Tu alarido de guerra a la cautiva
Europa rescató de vil cadena:
por ti respira en libertad serena.

De tanta usurpación, tú, los despojos
convirtiendo en trofeos de tu gloria,
tu Rey alzaste al carro de victoria.
Y ¡oh cuan grato, Fernando, fue a tus ojos
mirar de héroes cubiertas tus Españas,
y el orbe todo absorto en sus hazañas!

Premio y corona es a su noble celo

hoy María Josefa augusta y bella.
Ya ve el Empíreo complacerse en ella
al tercer Carlos; y oye al caro Abuelo,
que exclama: «al fin, tú la lloraste, Italia:
digna esposa será, cual fue mi Amalia.»

Viva, y reine feliz hasta aquel día
que el tiempo cese, y que los reinos se hundan,
y en las ruinas del orbe se confundan,
cuando extinguidos en tiniebla fría
astros y soles entre horribles truenos
colmen de inmensidad los vastos senos.

En tanto ¡oh Dios! Esa ominosa niebla,
velo de error que nuestra mente empaña,
aparta, aparta de la triste España:
¡Ay! ¡La infelice gente que la puebla!
¡Harto ha sufrido en gloria de sus Reyes,
harto en defensa de tus santas Leyes!

SOBRE LA SITUACIÓN DE ESPAÑA EN EL AÑO XIX

Soneto

En vano, oh Patria, la soberbia Roma
cien lustros te oprimió sin humillarte:
en vano otros cien lustros sin domarte
te fatigó el alfanje de Mahoma:

por cima de Pirene en vano asoma
del opresor de Galia el estandarte,
que pronto en mengua de su furia y arte
su temido Coloso se desploma:

en vano te probó con cien campañas
la discordia, en conflictos tan prolijos,
moviendo contra ti gentes extrañas:

siempre el Monstruo hallará tus hados fijos:
mas ¡ay! Teme se oculte en tus entrañas,
y arme en fin contra ti tus propios hijos!!!

EN EL DÍA DE LA RESTAURACIÓN EN 1923

Oda

Coro

Triunfe España con cívica pompa:
palmas, rosas y oliva juntad:
pues da el cielo una mano que rompa
las cadenas de la Libertad.

Estrofas

Libertad se llamaba la Arpía
que el Averno lanzó contra España,
señalando por cebo a su saña
sus blasones y antiguo laurel.
Mas su nombre era sólo Anarquía:
su semblante y su voz de sirena,
que con hechos y entrañas de hiena
nos reduce a coyunda cruel.

Ved cuál sigue a su sombra ominosa
de mil vicios la turba funesta,
entre todos su impávida cresta
levantando la fiera ambición:
La venganza entre ruinas gozosa,
la calumnia cizaña sembrando:
y la envidia las glorias manchando
que en cien lustros ganó la Nación.

A su impulso ¡que es ya de la Iberia
no hay en ella rincón que no llore,
o que sangre infeliz no colore
derramada con fría maldad:
vasto campo de duelo y miseria
hoy se ostenta su rica comarca,
en que iguales pastor y monarca
a los cielos imploran piedad.

Proclamose en discordia y tumultos
igualdad, repartiendo puñales:
mas a todos en breve hace iguales
el sepulcro que se abre a sus pies.
Si al cadalso camina entre insultos
la inocencia sin prueba ni juicio,

por vengarla en el mismo suplicio
sus verdugos perecen después.

No hay sagrado, no hay sitio seguro:
ni el hogar al vecino le ampara,
ni el prelado halla asilo en el ara,
ni aun al preso es escudo la ley.
Pues vagando asesino y perjuro
de palacios y templos en torno:
con palabras de escarnio y soborno
amenaza de muerte a su rey.

De Murat ¡oh decreto homicida!
¡Oh sangrienta jornada de mayo!
Cuántas veces tu bárbaro ensayo
repetido por ellos se ve!
¡Ay! Si entonces fue sangre vertida,
lo fue al menos por brazo enemigo...
Mas ahora es hermano, es amigo
quien la vierte sin honra y sin fe.

¡Y esta afrenta en un pueblo, que bravo
a su rey por librar de cadena,
retar supo al tirano del Sena
con valor que a la Europa asombró!
¡Y hoy llevarlo hacia el mar como esclavo
despojado de regia grandeza...!
De Caribes es digna proeza:
que de pechos ibéricos, no.

No, españoles, no es vuestra la afrenta:
es de pocos que el vicio domina,
o que el falso saber alucina,
y en tinieblas presumen lucir.
La civil libertad no se ostenta
sino en medio de paz y justicia,
la equidad es su sola delicia,
sin virtudes no puede vivir.

Ella sí, no la infame licencia,
libra al justo y aterra al malvado:
ella sola por siempre ha gozado
ara digna en el pecho español.
Huyan, pues, a su hermosa presencia
de Fernando los guardas alevés,
cual se ven derrumbarse las nieves

derretidas al rayo del sol.

Saludemos al Astro que guía
a Castilla los hijos de Francia:
no sañudos con fiera arrogancia
cual ministros de horrenda opresión:
sino ardientes en noble osadía,
y ostentando en su aspecto gallardo
el honrado valor de Bayardo,
y la gloria inmortal de Borbón.

A su frente el penacho flotante
se descubre en el nieto preclaro
del Enrique a la Francia tan caro,
que triunfó con justicia y piedad:
no Siguiendo a su rastro brillante
el furor, ni la ciega venganza,
sino paz, y serena esperanza
de segura y feliz libertad.

Aceptemos su fausta promesa,
que es la patria salvar del abismo:
no más tiempo de un vil fanatismo
nos deslumbre la antorcha fatal:
que seguir en tan bárbara empresa
arrostrando una ruina evidente:
es probar que apagó en nuestra mente
la razón su precioso fanal.

Y aun del Betis, si al bruto arrogante
desbocado en perdida carrera
se le ve trasponer la ladera,
y a las cumbres furioso asaltar:
si de pronto a su pie ve delante
precipicio o riscosa fragura,
se recoge, se para, y procura
generoso su vida salvar.

Así huyamos del borde horroroso:
baste ya de terror y de agravio:
no sea más criminal en el labio
el antiguo decir «viva el Rey»
Recordad que ese grito glorioso
fue el que solo en la noble compañía
la victoria aclamó, cuando España
a dos mundos dictaba la ley.

Españoles, librad a la historia
de escribir tantos odios crueles;
deponed los funestos laureles,
la pacífica oliva ceñid.
Y aspirando, con prueba notoria,
a borrar nuestros yerros fatales,
entre filas de brazos leales
vuelva el Rey de Sevilla a Madrid.

LA GLORIA MILITAR EN OBSEQUIO DE NUESTRO HEROICO LIBERTADOR

Soneto

¡Qué importa que a valientes que tú escojas
ciñas la frente, oh Gloria, de laureles,
si la razón los tilda de crueles,
y el interés se esconde entre sus hojas!

¡Ay! Por sendas de horror, en sangre rojas,
y al fulgor de incendiados chapiteles,
¡en carro asolador llevarlos sueles,
despreciando lamentos y congojas!

¿Quieres un triunfo ver, dice la Gloria,
a que aplaudir la humanidad no tema:
sin ambición ni estrago una victoria?

¿Quieres un héroe de bondad suprema?
Quita los ojos de la antigua historia:
mira en España al Duque de Angulema.

EPÍSTOLA A FANNI SOBRE EL ASEDIO DE LA ISLA GADITANA

Sensible Fanni, que con prendas bellas
de halagüeña virtud y mente clara
tu sexo ilustras, y sobre él descuellas:
tú, que con gracia y con destreza rara
das al papel la perfilada pluma,
que tus conceptos nobles me declara:
no esperes, no, que mi altivez presuma
contestar a tus páginas preciosas,

de gusto y de instrucción patente suma:
Fuera oponer los cardos a las rosas,
con que ameno tu ingenio adorna y pinta
las más vulgares y comunes cosas;
dando a la carta aun en la negra tinta
más gracia que Ticiano a sus colores,
más encanto que el Iris a su cinta.
Mas, pidiendo a mi Musa algunas flores
que cubran los borrones que te escribo,
porque a tu vista puedan ser menores,
al punto el pensamiento fugitivo
vuela hacia las campañas en que moras,
y Tetis ciñe con su brazo altivo,
a compartir las lágrimas que lloras,
mirando esa ciudad, que fue tu cuna,
hoy blanco de las armas destructoras.
Cádiz, la favorita de fortuna,
la más bella entre todas las ciudades,
alegre y opulenta cual ninguna,
ya de escándalo sirve a las edades
como albergue de un bando sedicioso,
que aspira a hacerla emporio de maldades.
¡Oh! ¡Qué de pena el corazón hermoso
que natura te dio, mi amiga triste,
causará este espectáculo horroroso!
Tú, que amas ese pueblo, y que le viste
tres lustros ha de gloria enardecido
servir la misma causa a que hoy resiste;
la causa de ese príncipe afligido,
De su religión santa y leyes justas,
que a tan alta opulencia la han subido;
Y hoy robando el laurel a las augustas
sienes del Rey, atarle con cadenas
a las columnas de Hércules robustas.
Para ti, que sus crímenes condenas,
para todo español allí está escrito
el non plus ultra de amargura y penas.
Y no lava el borrón de su delito
Cádiz con proclamar que fue forzada
por ese enjambre bárbaro y precito.
Pues de gruesas murallas rodeada
ella pudo cerrar leal y fuerte
a la furiosa rebelión la entrada.
Que no fue tan pasiva y tan inerte
cuando a Solano, mi infeliz amigo,
arrastró ciega a lastimera muerte.

¡Cuánto más justo fuera igual castigo
en esos tigres que a su Rey ultrajan,
y ella los presta favorable abrigo!...
Pero ¡qué voces la corriente atajan
de mi dolor! ¡De gloria y de alegría
qué faustas nuevas desde el cielo bajan!
¡Con que está a la francesa bizarría
la ruina del gran monstruo reservada,
y el Trocadero es suyo en este día!
La noche saludó a la rebelada
insignia sobre el muro inexpugnable,
y el Sol se halla la Lis enarbolada.
¡Oh asombro de valor! Sólo explicable
por el honor francés, cuando es guiado
de Borbón por un vástago admirable.
Ni bastó el murallón tan decantado,
por más que amaguen muertes a millares
cincuenta bocas de Vulcano armado:
ni el foso, que era abrazo de dos mares,
al pánico terror defensa vana,
acumulando allí riesgos y azares:
que como por pradera amena y llana
marcha el héroe Angulema, y los reparos
de Neptuno y Vulcano a un tiempo allana.
Así lo hicieron los varones claros
que en tiempo más feliz produjo España;
¡Ay! ¡Por qué en este nuestro son tan raros!
Y ¡qué momento de sorpresa extraña
habrá sido al soberbio comunero
a quien su orgullo y su perfidia engaña,
ver arrancando el Franco granadero,
humor salobre y fango chorreando,
con la vida la mecha al artillero!
Verle, en valor y lealtad brillando,
lauros ganar en que a la par adquieren
gloria Luis, y libertad Fernando.
Así son inmortales los que mueren:
así se hacen amar los vencedores.
En cualquier clima que a la luz nacieren:
cuando libran su sangre y sus sudores
a derrocar un monstruo abominable,
poniendo fin a crímenes y horrores.
Restituir a un pueblo no culpable
su antigua ley, y un príncipe querido,
que tuvo por desgracia el ser amable.
¿Por qué fatalidad en mi perdido

siento aquel estro fácil, numeroso,
que en la flor de mi edad me fue aplaudido,
para dar a suceso tan glorioso,
y al héroe que le dio dichosa cima,
verso digno de labio generoso?
Otros a quien Apolo más estima
lo elevarán al templo de la Fama
con mejor plectro y venturosa rima:
que a mí a sentir y lamentar me llama
la suerte de mi Rey hollado y preso,
y el gran borrón que a mi nación infama.
Esto es lo que en el alma tengo impreso:
esto lo que conturba mi memoria,
y es mi corazón funesto peso.
Ver todo aquel renombre, aquella gloria
de la hispana virtud, que apenas pudo
contener en sus páginas la Historia,
por tierra derribada al choque rudo
de cien facciones, entre sí luchando,
sin ser ninguna de la Patria escudo.
Por ellas lacerada está clamando
a extrañas gentes que a volverla acudan
su dulce paz, su ley y su Fernando.
Y a ellos les deberemos, si se mudan
nuestros destinos; no a española diestra,
que pocos buenos a la empresa ayudan.
¡Oh confusión! ¡Oh desventura nuestra!
Que explicar en mis versos do es posible:
ya que en toda expresión eres maestra,
canta y píntala tú, Fanni sensible.

REALIDAD EN ILUSIÓN

Melodrama

IBERIA

(Figura alegórica de España.)

¡Antiguo caos, confusión primera,
mar de tinieblas, centro pavoroso,
profunda inmensidad, nocturna esfera!

Sepúltame en tu seno tenebroso:
niégame toda luz de estrella o luna:

cúbreme toda de tu manto umbroso,

Que así conviene a mi cruel fortuna:
que el mundo ignore la existencia mía
al cielo y a los hombres importuna.

¡Ay! yo la más feliz era algún día
de cuantas ninfas Jove enamorado
a Europa bella dio por compañía.

A mí me cupo en suerte el mejor prado,
en espigas y flores abundoso,
por el más claro cielo acariciado.

Cercábame con brazo poderoso
Neptuno, siendo a mis espaldas muro
del áspero Pirene el gran coloso.

Y en tal estado próspero y seguro
madre me hallaba de hijos eminentes,
que eran de honra y valor espejo puro.

Generosos, no menos que valientes,
sembrar virtudes, y coger laureles
era su oficio en las extrañas gentes.

¡Cuán dulce me era el contemplarlos fieles
a su Rey y a su Fe: morir por ellos,
y por ellos vencer lides crueles!

Mi yugo dieron a enemigos cuellos,
y ley al Sol de que jamás alzara
del Imperio español sus rayos bellos.

Esta corona de victorias rara
¡Con qué placer miré, que de Fernando
en las augustas sienas se apoyara!

Yo me gozaba en mi ventura, cuando
lanzó en mi daño la infernal garganta
de la civil discordia el negro bando.

Su ponzoña vertiendo en copia tanta,
que de mi esfera el apacible ambiente
corrompe todo, y la inocencia espanta.

Furor de sedición, codicia ardiente,
placer de sangre, y rabia de facciones,
de la Nación más fiel turba la mente.

Rotos los naturales eslabones
de amistad y de amor, en rabia insanos,
entre sí se devoran cual leones.

No hay hijos para padres, no hay hermanos:
todos persiguen, todos acriminan:
nadie defiende, todos son tiranos.

Mis campos, que furiosos exterminan,
se cubren de cadáveres sangrientos,
que incendiados palacios iluminan.

Ni hay piedad al rendido, que sedientos
de sangre, ante los cuerpos mutilados,
placer del vencedor son los tormentos.

¡Y a este enjambre de tigres irritados
¡Oh, Fernando! ¡Oh mi Rey! ¡Qué horrible suerte!
Se ven tus tristes días confiados!

Muriendo a cada paso con la muerte
que te hacen presenciar de mil leales,
que no tienen más crimen que quererte.

Tu mismo pecho Real de sus puñales
sólo se libra, porque tu ángel bello
te cubre con sus alas celestiales.

Pero mil veces a tu augusto cuello
los viste relumbrar, entre baldones,
que serán de mi afrenta eterno sello.

¡Y en esto, oh Dios, pararon mis blasones!
¡Oh Corteses, oh Cides, oh Pelayos,
que habitáis las olímpicas regiones!

Hijos míos, que fuisteis los ensayos
de mi primer valor; por mí al gran Jove
no intercedáis, sino pedidle rayos.

Y cual otra Niove,
de sacrílega prole rodeada,

lanzadlos sobre mí. La degradada
generación perezca.

Así el valor antiguo resplandezca
con que supisteis de mi vasto seno
arrojar al vencido Sarraceno,

de admiración y espanto a toda Europa
llenar hacia las huestes españolas;
y por en medio de ignoradas olas

llevar a otra región y orbe distinto
el glorioso pendón de Carlos Quinto.
Esto os debe rogar mi desventura

¡Oh antiguos Capitanes!
Contra esa nueva raza de Titanes
que soberbia a sus Reyes se rebela.

Quién me socorre ¡oh Dios!
¡Quién me consuela!

CORO
Consolemos a Iberia afligida,
que en sus hijos no encuentra consuelo:
pues implora el amparo del cielo,
consolada del cielo será.

IBERIA
Qué escucho! ¡Qué armonía!
¡Qué dulce voz penetra hasta el abismo
de mi dolor! ¡No son ya mis querellas
importunas al cielo, y las estrellas!

CORO
Consolemos la bella afligida,
si en el mundo no encuentra consuelo.

IBERIA
Consuelo!!!

CORO
Si en el mundo no encuentra consuelo.

IBERIA
¡Consuelo en deshonor! ¡Vida en infamia!

No, no lo sufre Iberia.
¡Consuelo! y sus leones generosos
convertidos ha visto en tigres fieros,
fieros, pero alevosos,
que al rendido devoran,
y huyendo del valiente se desdoran.

CORO

Si en el mundo no encuentra consuelo.

IBERIA

¡Consuelo! ¡Y arrasados
vi mis templos sagrados,
del valor religioso alta memoria,
pues cada cual recuerda una victoria!
¡Consuelo! ¡Y mi buen Rey abandonado
y a prisión reducido
por la ferocidad de un vil partido!
¡A tanto mal quién puede dar consuelo!

CORO

Pues implora el amparo del cielo,
su consuelo en el cielo hallará.

LUCTECIA

(Figura alegórica de Francia)
Iberia, Iberia hermosa,
¡y tanto como hermosa desgraciada!
A varonil matrona,
madre de tantos hijos esforzados,
de Marte en otro tiempo laureados
la desesperación y abatimiento
mal pueden convenir. La que es piadosa,
en la tribulación más importuna
mira al cielo, y desprecia a la fortuna.
Los males que tú lloras
también por mí pasaron;
mis hijos algún día,
cual los tuyos, se hallaron
en fiera insurrección y rebeldía:
y aún fue más ominoso el negro bando
al trono de Luis, que al de Fernando.

(Aria viva y graciosa)

Mas aquella suerte fiera

se tornó en felicidad,
porque el cielo remunera
al que fía en su bondad.
Victoriosa mi constancia
al furor del mal supera:
Y de gloria y de abundancia
me brilló tan claro sol,
que desde el solio de Francia
daré vida al español.

IBERIA

Bella Ninfa del Sena, alma delicia
de nuestra madre Europa:
cuando con tantas gracias te acaricia
risueña la fortuna,
¿Se habrá apurado en ti toda su copa,
sin que a Iberia infeliz le quepa alguna?

LUCTECIA

No: respira; y los ojos enjugando
del largo llanto, cuenta entre tus hijos
a los que levantando
el pendón del honor, lo sustentaron
en combates sangrientos y prolijos.
Un Quesada, un Merino y un Eroles;
y otros, que aún hacen ver que hay españoles.

IBERIA

Dignos son de mi amor. ¿Mas hay quien quiera
su esfuerzo sostener?

LUCTECIA

La Europa entera
de entusiasmo marcial por ti se enciende:
y en los solios que rigen sus comarcas,
llenos de indignación y fortaleza,
álzanse en pie los ínclitos monarcas.
Ve a un Guillermo, un Francisco, un Alejandro
a sus tropas decir, mirando a España:
«Ya que con nueva saña
»la rebelión que en Francia habéis vencido
»entre el Betis y el Tajo ha renacido;
»volad, soldados, y de la hidra infame
»las cabezas segad.» Mira al momento
de las gradas del Trono cuya imagen

se refleja en mis aguas,
y al pie del gran monarca que le ocupa,
precipitarse armado,
Angulema esforzado,
y rápido cual rayo
al frente de sus huestes vencedoras
vuela sobre el Pirene y el Moncayo;
salva también la sierra
que su florido curso al Betis cierra;
y sin dar paz a su invencible acero
arrolla al mar al rudo comunero.
Ve cual lo encierra en la ciudad de Alcides;
y gritando triunfante
«No pasarás, maldad, más adelante;»
cual Hércules acaba la alta empresa:
pues de manos sacrílegas sacando
la deseada presa,
libre vuelve a su trono al Rey Fernando.

IBERIA

¡Qué dices! No es posible: ni mi mente
alcanza a concebir prodigio tanto:
ni mi amargo dolor cede al encanto
de tu voz lisonjera.

LUCTECIA

¿No? Pues házselo ver, urna esplendente
de mis aguas: retrata y reverbera
los rostros soberanos
de Fernando y Amalia,
gloriosos y triunfantes de tiranos
delfines, que las armas de la Galia
orláis con vuestras colas escamosas,
pasad de las alcobas de Anfitrite
a mi urna que os admite,
y os brinda con su curso cristalino
para el alto destino
de mostrar a la Ibérica Matrona
la adorada persona
de su absoluto dueño,
junto al caro diseño
de su querida Esposa, y Real Familia.
Mi poder todo vuestra empresa auxilia:
venid, corred, volad.

IBERIA

¡Oh dicha extrema!
Gloria a Luis XVIII, y a Angulema!
Eterna confusión al negro bando.
Gracias, eterno Dios: viva Fernando!!

LUCTECIA

(Señalando a los retratos de los Reyes)
Ved de vuestros suspiros y clamores
el dulce objeto, hispanos.
Dad armónico acento a sus loores.
El triunfo de tan dignos soberanos
suene en alegres coros.
Salid a difundirle, ecos sonoros,
de las cóncavas grutas que os abrigan:
y de insultos vilmente repetidos
con eco atroz, borrando la memoria,
en himnos hoy, a su virtud debidos,
del Austro al Septentrión vuele su gloria.

Himno

CORO

Cese el grito pavoroso
de mentida libertad.
Vuelva el cántico glorioso
de la antigua lealtad.

¡Oh cuán grato que es el canto!

¡Oh cuán dulce es la armonía,
cuando salta de alegría
en el pecho el corazón!
No ya aquel clamor de espanto
que la sangre nos helaba,
sino el himno con que alaba
a Fernando su Nación.

Furia fue del negro Averno
quien, poniendo un duro sello,
de Fernando el nombre bello
proscribió por criminal.
Mas en tanto el pecho tierno
siempre fiel ha repetido:
«Viva el solo que ha nacido
Rey de España natural.

Por un Rey ciento aclamaban
fruto vil del negro bando,
cuando Dios les dio en Fernando
un portento de bondad.
Y a tal Reina desdeñaban,
que, si al fin mortal no fuera,
el Empíreo la eligiera
por estrella o por deidad.

Mas ya triunfa tu dulzura,
bella Amalia, ya no lidia
con las sierpes de la envidia
que silbaban a tus pies.
Ya tu vista es la ventura
de este pueblo que te aclama:
y a tu Esposo sirve y ama
cuanto en torno de ti ves.

Y hasta el mismo atroz martirio
que te dio la audaz vileza,
y en que tu noble entereza
se probó en la adversidad.
Ya aparece como un lirio
en tu guirnalda de flores,
que variando los colores
aumenta la majestad.

Vive y reina en nuestro pecho
junto al dueño que adoramos:
a los dos os consagramos
nuestra vida en tierna unión.
De Fernando sea el derecho
de ejercer recta justicia:
y de Amalia la delicia
de alcanzarnos el perdón.

Y vos, amables Infantas,
consuelo del Soberano,
rogad al augusto hermano
que olvide el pasado error.
Pues toca, en desdichas tantas,
de las tres Gracias al celo
echar para siempre el velo
a un cuadro de tanto horror.

Apoyad su bello encanto
con vuestra noble energía,
oh Infantes, fiel compañía
del buen Monarca español.
Que halagar con dulce canto
es del ruseñor la gracia;
y del águila la audacia
de volar mirando al sol.

CORO

Cese el grito pavoroso
de mentida libertad:
vuelva el cántico glorioso
de la antigua lealtad.

EL GOZO PÚBLICO

Cantata

CORO

¡Qué numen tremendo del arco que vibra
los dardos dispara con rauda fragor!
¡Y a España propicio, de Furias la libra,
que en ella esparcieron discordia y furor!

RECITADO

¡Oh Dios, ¡qué claridad dulce y fecunda

oro derrama en los callados campos,
tras noche tan profunda!
Ya Céfiro revive entre las flores,
a cuyos dulces besos se negaba
tímido y pavoroso.
Calandrias y sonoros ruseñores
van en alegres tropas
poblando de los árboles las copas.
Ayer, todo era duelo y sentimiento,
hoy, es todo placer, todo contento.
Ya de Venus la estrella
resplandecer se ve más pura y bella:
ya del terror la nube no la empaña.
No hay duda, no, venturas para España
el cielo decretó. Ni que otra puede

de júbilo llenarla tan cumplido,
sino la libertad de un Rey querido!
Fernando es libre. Sus contrarios fieros
huyeron espantados
del brazo aterrador. La gran constancia
del Rey siempre serena, imperturbable,
fue roca en medio al mar, do se estrellaron
las olas locamente embravecidas
de una vil rebelión. Las caras vidas
de su esposa y hermanos,
de Fernando feliz al brazo asidas,
se libran del furor de sus tiranos.

Voz 1

¡Ayer llanto, hoy dulce risa!
Ayer sierva, y hoy señora
triunfa España vencedora
de una pérdida facción.

Voz 2

Así aterra el Ser Supremo
al inicuo y al blasfemo,
siempre al justo dando honor.

Voz 1

Cual se salva fresca rosa
del furor de un torbellino,
de su bárbaro destino
así Amalia se salvó.

Voz 2

Se salvó de inicua saña,
porque Dios reserva a España
su hermosura y su candor.

Voz 1

Viva Amalia al Rey unida.

Voz 2

Viva el Rey de Amalia al lado.

LAS DOS

Dulce lazo, en que cifrado
tiene España el sumo bien.

TODOS

Vivid siempre venturosos;
y sin susto, ni mancilla,
la corona de Castilla
brille siempre en vuestra sien.

IDEAS POÉTICAS EN OCASIÓN DE UN CONCIERTO DADO A SS. MM.
POR SU PRIMER PINTOR DE CÁMARA D. VICENTE LÓPEZ

Acostumbrados a penas,
lo que ven los ojos dudan:
así en el mundo se mudan
tristes y alegres escenas:
y o bien libre de cadenas,
ceñido el regio laurel,
entre su gente más fiel
veo al ídolo de España;
o es López quien nos engaña
con su pincel.

No: que es nuestro Soberano,
que hoy quiere honrar los pinceles,
como Alejandro honró a Apeles,
y Carlos quinto al Ticiano.
El arte se eleva ufano,
Fernando, con tal ventura:
dichoso, pues te procura
con los encantos de Orfeo
un instante de recreo
por tres años de amargura.

Rivales de las de Italia
cuatro españolas sirenas
dan dulce olvido a tus penas,
y las de la Augusta Amalia:
de ésta, en la Diosa de Idalia
si halla rasgos la pintura
con que imitar la figura,
será vana semejanza;
pues nada a expresar alcanza
su modestia y su dulzura.

Allí en su obsequio a porfía,
con cadencias y colores,

se apuraban en primores
la pintura y la armonía.
Y al querer la Musa mía
hacer versos en su honor,
Apolo concedor
me dice en secreto: «mira:
»dale a la Reina esa lira,
»que ella los hace mejor.»

Así un buen Príncipe premia
al Genio que sobresale:
sola su presencia vale
por cien años de academia.
A nobles obras apremia

al más tímido su vista:
ni hubo jamás quien resista
a Rey que a su tiempo ha dado
una mirada al soldado,
y una sonrisa al artista.

EN EL DÍA DE SAN FERNANDO EL DESEO INÚTIL

Soneto

Canta, me dice un natural deseo
de obsequiar en su día al Soberano:
calla me dice Apolo, que es en vano,
pues yo la lira no te di de Orfeo.

Pero este gozo que en los rostros leo,
este ansioso postrarse al Solio hispano,
este amor al delirio tan cercano,
¿se ha de entregar, sin canto, al vil Leteo?

¿No está, responde Apolo, en compañía
del Rey la excelsa Amalia a quien ni escaso
su llama dio el Amor, ni yo la mía?

Pues de su labio en prosa, o verso acaso,
vale más «ten, Fernando, un feliz día,»
que todos los elogios del Parnaso.

EN EL MISMO DÍA AL RÍO QUE PASA POR ARANJUEZ

Soneto

Tajo, tú que el furor de las pasiones
remedas en cascadas rumorosas,
y luego espejo claro entre las rosas
nos retratas de Amalia las facciones;

alza la frente a mis alegres sonos,
de la dorada arena en que reposas,
y oye cual tus orillas venturosas
resuenan en aplauso y bendiciones.

A Fernando su pueblo las ofrece,
y hoy se venera su bondad propicia,
que tanto, oh río, a ti se te parece;

pues como tu corriente su justicia
con los soberbios riscos se embravece,
y a las sencillas flores acaricia.

OYENDO ANUNCIAR LAS CAMPANAS LAS EXEQUIAS DEL DOS DE MAYO

Soneto

Al anual luto, de un tirano insulto
centra la lealtad de un pueblo entero,
hoy nos llama con eco lastimero
el metal hueco, en religioso culto.

Lagrimas pide el sentimiento oculto
que aún guarda el corazón de hecho tan fiero:
lágrimas ya; que sangre ¡harta el acero
vertió en venganza al infeliz tumulto!

Siete giros dio el sol antes que viera
la espada deponer, con que lidiando
fatigó al corso la nación Ibera.

¡Gloriosa lid, pues terminó lanzando
al ancho mar la coronada fiera,
y volviendo a su trono al Rey Fernando!

EN EL ANIVERSARIO DE LA ENTRADA DEL REY NUESTRO SEÑOR
EN MADRID A U VUELTA DE FRANCIA

Soneto

Católico Monarca, que has vencido,
siendo escudo a la fe de tus mayores,
mas que del fiero Marte los rigores
las perfidias de un siglo corrompido.

Tú que Fernando y español nacido
colmaste nuestros votos y clamores,
doblando así la afrenta a tus traidores
con dos títulos más de ser querido:

Hoy renueva, Señor, Madrid el gusto
de haberte visto regresar triunfante
de la opresión de un invasor injusto.

¡Cuánta gloria no encierra un solo instante,
pues da a tu sacra sien lauro el más justo,
y al pueblo ibero palma de constante!

EN EL DÍA DEL CUMPLEAÑOS DE LA REINA NUESTRA SEÑORA

Soneto

Vuelve, Aurora feliz, que la tormenta
con que nos afligió discordia impía
no permitió a la España hasta este día
tranquila ver, ni saludar contenta.

Luce serena ya, y el brillo aumenta
con que sirves al sol de hermosa guía:
dando a mi Reina, en años de alegría,
cuantos de amargo afán momentos cuenta.

Muéstrala que no siempre rodeado
el hispano dosel se halla de susto;
ni siempre hay penas de Fernando al lado:

sino que en paz ya gozarán del gusto,
que solo a su alma bella es adecuado,
de hacer el bien, y de premiar al justo.

INSCRIPCIONES QUE SE LEÍAN EN LOS ARCOS ERIGIDOS PARA RECIBIR
A SS. M Y AA. DE VUELTA A SU CORTE Y TRONO. AÑO DE 1823

En el arco de la puerta de Atocha en la fachada que mira al camino

Triunfante de enemigos desleales
hoy vuelve el Rey a su glorioso centro:
salgan los corazones a su encuentro,
y huya el que no le amó de estos umbrales.
En la que mira a Madrid
Cual volaron las hojas de este Prado
del cierzo al soplo, ajados sus verdores,
tal de nosotros huyan los rencores
al dulce aspecto del Monarca amado.

En el arco grande erigido en la calle de Alcalá

Sobre el arco principal

Ya llega el que de Reyes descendiendo
de rodilla en rodilla,
nació a ser Soberano de Castilla.
Volad, ingratos y rodead su Trono,
que es muy dulce en su labio un «yo os perdono.»

Hacia la Puerta del Sol

Vuelve a unirnos en paz, lazo precioso
de Fernando y Amalia,
en bien de Iberia, y gloria de la Galia.
la rebelión vencida
sea el último conflicto de su vida.

Lápidas del primer frente

A la Reina

No movieron tus virtudes,
dulce Amalia, al bando aleve;
mas el cielo al fin se mueve:
y sus gracias venturosas
a tus lágrimas hermosas,
solamente se les debe.

A los infantes

En fortunas y conflictos,
siempre a vuestro Rey adictos,
seréis, Infantes hispanos,
en fidelidad y amor,
grande ejemplo a los hermanos,
y a los vasallos mayor.

A Luis XVIII

Lo que nunca acabar pudo
de familia el regio nudo,
hoy confirman tus trofeos:
pues tu gran favor obliga
a que todo Español diga:
gran rey: «Ya no hay Pirineos.»

Al augusto Duque

Solo en Ti, excelso Angulema,
cabe la ventura extrema
de restituir con gloria
a su prole un padre amado;
y traérselo sentado
en el carro de victoria.

Lápidas del segundo frente

A los reales esposos

¡Oh Reyes! En nuestro pecho
mandad siempre en tierna unión.
De Fernando es el derecho
de ejercer recta justicia;

y de Amalia la delicia
de alcanzarnos el perdón.

Al ejército francés

Id, valientes militares;
contad en vuestros hogares,
que si vuestros triunfos bellos
nos dieron rey y quietud,
nos dejáis también con ellos
ejemplos de gran virtud.

A la patria

Deja el luto, cese el llanto,
dulce Patria, y vuelve al canto;
no de aquel horrible son
que la sangre nos helaba;
sino el himno con que alaba
a Fernando el corazón.

A los realistas españoles

¡Qué bien sientan los laureles
en la frente de los fieles,
que a su buen Rey aclamando
fueron bravos en la lid!
Cuando hay reyes cual Fernando,
hay soldados como el Cid.

SOBRE LAS ESTATUAS COLOCADAS DENTRO DEL ARCO PRINCIPAL

Marte

No siempre con sangre pago;
ni a mi carro sigue estrago,
luto, y desesperación:
sino que la paz le guía,
y en pos lleva la alegría,
cuando en él sube un Borbón.

Ceres

Pagad tributo a los reyes,
guardad al campo sus leyes,
premiad del pobre el sudor;
y coronada de espigas
seré grata a las fatigas
del celoso agricultor.

En la Plaza Real

El brazo poderoso al oprimido
se enlaza, y los malvados se estremecen.
Del gran Luis, Fernando es socorrido.
El Real cetro Angulema da a sus manos;
y los grillos del Rey a sus tiranos.

En la Imprenta Real

En los fastos del tiempo, en letras de oro,
brilla, día feliz, en que la Imprenta
cesa de ser puñal y arma sangrienta
de vil calumnia, y público desdoro.
Ya sirviendo a las ciencias y al buen gusto,
se somete a tu ley, Fernando augusto.

En el arco del ayuntamiento

Al reverso

Vuelve al Pueblo, que ausente te ha llorado;
y ojalá en él, Fernando, te eternices.
Harto la adversidad. nos ha probado
que no podemos ser sin ti felices.

**SOBRE LOS ARCOS TRIUNFALES CON QUE FUE RECIBIDA LA REINA
NUESTRA SEÑORA A SU PRIMERA ENTRADA EN MADRID**

En la puerta de Atocha

Su dicha, y tu triunfo Madrid aclamando,
por medio estos arcos, excelsa María
tus pasos gloriosos solícito guía
al trono que amante te brinda Fernando.

Arco de la calle de Alcalá

Del alto Olimpo descienden
Mercurio y Minerva sabia
a pedir que en Madrid sea
nuestra joven Soberana
madre del comercio y ciencias
al par que lo es de las Gracias.

En la derecha

Bella, bondosa, y en edad florida
llena de gracia y de piadoso anhelo,
sí, la virtud que se lloró perdida,
en nueva imagen nos devuelve el cielo.

En la izquierda

Los días de amargura ya pasados,
los soles de alegría son venidos;
volvéis a esperar gracia ¡oh desgraciados!
Volvéis a tener madre ¡oh desvalidos!

En el reverso del mismo

Para el más alto trofeo
tu antorcha enciende Himeneo,
dos almas reales dichosas
hoy ceden a tus ardores,
prevén guirnaldas de rosas,
dispón conciertos de amores.

En la derecha

En borrascoso mar el Iris brilla;
cesan luto y horror, sonrío el Cielo;
de igual serenidad, gozo y consuelo
el astro de Sajonia es a Castilla.

En la izquierda

Con justo aplauso a venerarse vuelva
en Manzanares la deidad del Elba:
la gratitud de España la corona,
que aún no ha olvidado la virtud sajona.

Arco de la villa

Sirve de triunfal corona,
Arco, a la augusta sajona,
que si al alto Cielo agrada
el voto que te ha elevado,
tú la servirás de entrada
al más glorioso reinado.

Reverso del mismo
Pon ya fin a tu carrera,
Reina amable, y considera
que si vacilante estuvo
ese trono que allí ves,
la lealtad lo mantuvo
para rendirlo a tus pies.

Sobre una fuente
Fuente que al pobre mantienes
dulce, pura y abundosa,
no eres sola en hacer bienes,
pues la rival más hermosa
desde hoy en la Reina tienes.

LA NORIA TRISTE, O LOS TRES NIÑOS AHOGADOS EN UNA DE LAS DEL
RETIRO

La desgraciada ocurrencia de la muerte de tres muchachos hermanos (dos de ellos gemelos, de once años, y el otro de nueve), que perdidos primero de la casa de sus padres, parecieron luego ahogados en una de la norias del Retiro, produjo en todo Madrid un sentimiento general; y siendo este particularmente simpático al corazón del autor, recientemente lastimado de un golpe semejante, le inspiró el ligero rasgo siguiente, que dedica a todos los que saben a prueba de cuánto dolor es para un padre la inesperada pérdida de los hijos.

Canto lírico

Vida, vida infeliz, centella leve
en estambre sutil cebada y presa,
que el soplo más fugaz turba y conmueve,
pronta a exhalarse en mísera pavesa:
¡Quién a gozarte sin temor se atreve,
viéndote amenazar de igual sorpresa,

cual en la edad de tristes desengaños,
en el error de los floridos años!

De las mismas borrascas combatidos
cuantos de la existencia el golfo aramos,
robados a la muerte entre escondidos
escollos son los días que gozamos:
ella nos amenaza aún no nacidos,
ella mece la cuna en que lloramos;
armas siendo, al vivir, de sus rigores
igualmente placeres y dolores.

Con loca imprevisión y alegre risa,
entre los juegos que inocente emprende,
el enjambre pueril sortea y pisa
los lazos que a sus pies la muerte tiende.
Ni del peligro su razón le avisa,
ni el temor cauteloso le defiende;
Juntándose en su boca en un momento
el grito del dolor y el del contento.

Oíd de esta verdad el triste ejemplo,
y del paterno amor la amarga suerte,
que otro más lastimero no contemplo
ofrezcan los anales de la muerte;
la lira que a tan triste asunto templo
es imposible que con él concierte,
mientras dos padres turban sus sonidos
con sus desesperados alaridos.

Gozaban ellos del felice estado
con que fecundidad a amor corona,
de ocho hijos bellos en el cerco amado
viendo reproducida su persona:
premio eran dulce al paternal cuidado
nativas gracias y que la edad sazona,
y el venturoso hogar en cada día
sembraban de deleite y de alegría.

Cada instante con éxtasis miraban
esta guirnalda fiel de sus amores,
bendiciendo a los cielos que abrigaban
con dulce influjo a tan hermosas flores.
Mas ¡ay! los infelices no pisaban
este ovillo de espinas y dolores,
laberinto fatal, lleno de azares,

¡donde para un placer hay mil pesares!!

Pues ¿por qué confiar en su ventura,
por más que les mostrase alegre frente,
cuando el genio del mal la más segura
busca, en que se haga su furor patente?
A par del huracán, que en la espesura
de las selvas lanzado de repente,
bramando dobla débiles arbustos,
y arranca enteros árboles robustos.

En una, de estos días, tarde aciaga
tres de aquellas de amor flores sencillas,
con la acción que más tierna al alma halaga,
abrazaron del padre las rodillas;
dos de ellos, de himeneo doble paga,
en una misma cuna, unas mantillas
vistieron, y por ser juntos nacidos
de los dichosos padres más queridos.

«Padre, padre, a sus pies le dicen ellos,
»hoy fue la aplicación nuestra dichosa,
»pues con seguro pulso y rasgos bellos
»hemos hecho la plana más hermosa:
»contento está el Maestro; y entre aquellos
»que aprecia en más nos da cabida honrosa;
»contento tú también, con mano justa
»el premio nos darás que más nos gusta.

»Déjanos hoy salir al campo ameno
»en placentera unión y hora temprana,
»pues nos convida el cielo más sereno,
»y la pradera a nuestros juegos llana,
»vendrá el pequeño Andrés, de gozo lleno;
»y más nosotros, viendo cual se afana
»buscando al grillo, que en la yerba se halla,
»y canta al paso, y perseguido calla.

»Divertidos los tres, gustoso alarde
»de tu indulgencia y nuestra dicha haremos:
»vamos, déjanos ir, que se hace tarde,
»y más breve a tus brazos volveremos:
»que a la merienda madre nos aguarde;
»y a nuestras hermanitas les traeremos
»cierta yerba que llaman sensitiva,
»que, como ellas modesta, el tacto esquivada.»

Al blando ruego el padre no resiste,
y les concede la fatal licencia,
aunque venciendo un sentimiento triste,
que el corazón opone a aquella ausencia.
«Al fin, les dice, pues placer me diste,
»justo es que os muestre yo correspondencia:
»hijos, partid, y que al caer del día
»vuelva a mi casa en vos nueva alegría.

»Siempre juntos marchad, y enmedio vaya
»el delicado Andrés, porque oportuno
»el ímpetu de entrambos tenga a raya,
»que por gemelos, aunque dos, sois uno.
»Ni os paréis en corrillos, ni deis vaya
»a ciego ni a lisiado, o pobre alguno;
»sino el prado buscad que con sosiego
»se brinde grato a vuestro amable juego.»

Así les dice, y la palabra blanda
apenas suena en el pueril oído,
cuando ya aparta la gozosa banda
la leve planta del umbral querido.
Y de su ciego gusto en la demanda
ya la anchurosa calle han recorrido
que al arco excelso va, que a la memoria
del tercer Carlos es arco de gloria.

Ya del Prado las frescas alamedas
atraviesan con pasos diligentes,
al sordo ruido de las raudas ruedas
que se confunde al de sus claras fuentes
dorados trenes, matizadas sedas,
la gala, el lujo en sexos diferentes,
nada para a los tiernos jovencillos,
que otros gustos los llaman más sencillos.

Ya, en fin, los lleva su veloz carrera
hasta el viejo portón, y antigua plaza
cercada del palacio, que antes era
de ambos Filipos de la austríaca raza.
Entran: mas ¡ay! Sin ver la Parca fiera
que oculta en el umbral los amenaza,
murmurando con son ronco, indistinto:
«ya no es vuestro el salir de este recinto.»

Mas los incautos pasan de corrida
sin refrenar los juveniles fuegos,
que si hay errores en la humana vida
los de la tierna edad son los más ciegos.
¡Oh cuántos sitios la mansión florida
brinda al deleite de sus caros juegos!
Verdes alfombras, prados florecientes,
secretos bosques y graciosas fuentes.

Y estos encantos nada les inspiran;
ni a detenerlos basta aún el rugido
del león, que a los libres que le miran
espanta aprisionado, y no vencido.
Ni el blando movimiento con que giran
por el lago sereno y extendido
los ánades con palas coralinas,
dividiendo las aguas cristalinas.

Ni el canto de amorosas filomenas,
que entre árboles modula acorde y vario,
y en que el dulce embeleso de sus penas
encuentra el cortesano solitario,
les mueve a entretenerse en las amenas
sombras; sino que buscan al contrario
seco y desierto un montecillo oculto
del vasto parque en el confín inculto.

Allí encuentran los tres su paraíso:
allí fijan el pie, donde natura
parece que olvidar de enojo quiso

toda frondosidad, toda verdura:
sólo a diez arbolillos da permiso
de ostentar su pobreza y su tristura
en torno de una noria carcomida,
inútil para dar al campo vida.

Mas como allí se ven solos, y dueños
de explayar su traviesa fantasía,
empiezan vivos, sueltos y risueños
sus juegos entre gritos de alegría;
ya entre sí se estimulan con empeños
de agilidad y loca valentía;
ya en dar carreras, ya en saltar se huelgan;
ya a los débiles árboles se cuelgan.

Gozaban con un júbilo infantil,
bien lejos de pensar los inocentes
que aquel fiero ministro del destino
volando andaba encima de sus frentes;
que fue sombra importuna en su camino;
y que hasta sus caprichos imprudentes
eran traidoras redes que él tendía
para volver en llanto su alegría.

Aparte de ellos el pequeño hermano
en su menuda caza se ejercita,
buscando un negro grillo que cercano
con ala trinadora el canto imita.
De ambos gemelos el esfuerzo vano
la vieja noria al movimiento
que entorpecida con revueltos lazos
burlaba el brío de sus tiernos brazos.

Cansados dejan la palanca tosca,
por acercarse hacia la obscura sima
que el agua escasa da profunda y hosca
al torno agotador que rueda encima:
haciendo que, a la par que en él se enrosca
la acuátil carga, trabajoso gima:
tanto se hunde en los senos de la tierra
lo que el gran socavón profundo encierra.

Y, ya en el suelo afirman la rodilla
por no escurrirse en el movable escombro;
y ya puestos de bruces en la orilla

la negra poza observan con asombro:
«¿No ves cómo resuena si uno chilla?
»¡Cuál tu nombre repite si te nombro!»
(dice el uno); y gritando, «¡Paco, Paco!!»
Paco, Paco. repite el fondo opaco.

Entretanto del Hado el monstruo horrible
de su vista feroz no los perdía,
y alto sobre la noria, aunque invisible,
de sus odiosas alas la cubría:
los ojos, de que un rayo el más terrible
hacia el fondo del agua dirigía,
en él reverberaban rutilantes
cual dos claros carbuncos o diamantes.

Al resplandor que vieron de repente
los dos gemelos luego se alborozan:
«¿qué será aquello dicen, reluciente
»que, no la mano mas los ojos gozan?
»Joya será perdida incautamente,
»que aquí los tiempos con rigor destrozan:
»gusto fuera cogerla, y dar con ella
»dulce sorpresa a nuestra madre bella.»

»No tan baja está, no, dice un hermano,
»como parece el agua; yo respondo,
»que colgado en la rueda de una mano
»con la otra bien podré llegar al fondo.»
Y, sin pensarlo más, se lanza ufano
a la rueda, y bajándose en redondo,
con un brazo a la máquina se prende,
y con otro la joya alzar pretende.

El rostro de la furia centellea
con brillo, que en el agua más resalta.
El joven desde el cuévano vocea
«acude, hermano, ven, poco me falta;
»si tú me ayudas nuestra es la presea.»
Este al punto a la rueda también salta,
y librando su cuerpo al aire vano
su brazo añade al brazo del hermano.

Mas ¡ay! Que duramente estremecida
al peso de ambos la ruinosa rueda
la débil mano que a ella estaba asida

al áspero temblor hace que ceda:
bajan los dos con mísera caída
sin que hermano valer a hermano pueda,
y unidos de la sima en lo profundo
juntos, como al nacer, salen del mundo.

El hermanillo Andrés, que al gozo atento
de cautivar sus grillos solo andaba,
cuando en su oído el último lamento
de sus tristes hermanos resonaba,
corre desatinado y sin aliento
a donde el ominoso pozo estaba
la boca sin gemir yerta de espanto,
los ojos sin llorar brotando llanto.

Duramente extendidas adelante
las manitas y brazos ternezuelos,
corre; pero no mide el tierno infante
el término falaz de sus anhelos:
llega, y propasa el borde, y al instante
pierde apoyo y favor de tierra y cielos;
y al sepultarle el pozo, aún de él salía
la cariñosa voz de «¡Ay madre mía!!»

Grito que alborozó a la Furia alada
con bárbaro placer, y el vuelo alzando
estremece la atmósfera turbada
cual de buitres voraces negro bando;
y antes de hundirse en su infernal morada
miró al pozo fatal, y vio espirando
los tres hermanos darse en ciegos lazos
los más forzosos y últimos abrazos.

A veinte estados de la tierra hundidos,
robados a la luz del día claro,
el agua les sofoca los gemidos,
y los tres mueren sin favor ni amparo.
¡Oh de un padre infeliz hijos queridos,
cuánto su tierno amor os cuesta caro!
¡Ojalá fuera menos su indulgencia,
y nunca os diera la fatal licencia!

¡Qué ha de hacer cuando vea que se pasa
el instante, que anhela cuidadoso,
de que volváis a la paterna casa

de su prole a cerrar el cerco hermoso!!
¡Cómo esa pobre madre pondrá tasa
al dolor, cuando el velo pavoroso
tienda la noche; y, al cerrar su puerta,
vuestra atroz perdición dé ya por cierta!!

La desesperación a la esperanza
sucederá en sus pechos anhelosos,
que a placer dejará su dura lanza
clavada al corazón de ambos esposos;
a cuanto el eco de su voz alcanza
llenarán de alaridos dolorosos,
y sus ojos al llanto siempre abiertos
en vano os buscarán vagos e inciertos.

En tanto a toda madre esta memoria
turbará en los vergeles del Retiro;
ni el triste altillo y la funesta noria
verá sin tributarle algún suspiro.
¡Y más si su ventura hace ilusoria
tragedia igual; cual en mi suerte miro,
que también lloro prendas harto amadas
en tierna flor y sin sazón robadas!

Árboles, que cercáis el tosco asiento
en que de tanto mal fuisteis testigos,
no consintáis en vos canoro acento,
mostrándoos siempre del silencio amigos;
obeliscos del triste monumento,
y de vanos curiosos nunca abrigos,
los padres sólo en vos su nombre graben,
que son los que llorar los hijos saben.

EN EL TÚMULO ERIGIDO POR LA DUQUESA DE B. A SU DIFUNTA HIJA LA
MARQUESA DE C.

Dios sólo es grande: la grandeza humana
de Josefa Girón ya es sombra vana.
Desde esta tumba con dolor profundo
la ofrece a Dios quien la produjo al mundo.
Cuéntela el cielo en méritos de gloria
las prendas que hacen grata su memoria.

EN EL SEPULCRO DE LOS AMANTES DEL REY QUE SALIERON A RECIBIR A
LAS TROPAS REALISTAS, Y FUERON DEGOLLADOS POR LOS
REVOLUCIONARIOS EN EL CAMINO DE ALCALÁ

Epitafio

¡Ay de nosotros, que en aciago día
fieles la insignia a saludar volamos
de religión y rey! Fiera anarquía
con inclemente espada nos inmola;
y esta espada ¡qué horror! Era española.

AL DESCUBRIRSE DESDE EL CAMINO EL REAL MONASTERIOS DEL
ESCORIAL, EN OCASIÓN DEL BESAMANOS POR EL ANIVERSARIO DE LA
RESTITUCIÓN DEL REY NUESTRO SEÑOR A SUS DOMINIOS

Soneto

Ved el gran Panteón del gran Monarca,
prodigio de las artes en el suelo,
que al mundo oculta, y recomienda al cielo
los más nobles despojos de la parca.

Su ostentación el límite demarca
al mortal flaco en su ambicioso anhelo;
y uniendo el solio a la mansión del duelo
el poder y la nada a un tiempo abarca.

¿Quién hoy mitiga aquel adusto ceño
que esparció por sus muros la victoria
cuando de San Quintín trajo el diseño?

¡Quién ha de ser! Sino la anual memoria
del día a las Españas tan risueño,
que a Fernando volvió su cetro y gloria.

CUALIDADES DE LOS BUENOS VERSOS, Y DE LOS BUENOS POETAS

Canto didáctico

Del Pindo, en vano, en la superna cumbre
aspira merecer métricos lauros
temerario escritor. Si no le inflama
estro divino, o ya no plugo al cielo
que naciese poeta, en corta esfera
su escaso ingenio arrástrase cautivo;
y su infeliz clamor encuentra siempre
a Febo sordo, indócil al Pegaso.
¡Oh tú que sigues del talento ameno,
con peligroso ardor, la áspera senda!
Guarda no consumirte en pobres versos,
ni, atribulando a fugitiva musa,
al ansia de rimar ingenio llames;
teme de tu afición el falso halago,
y, antes que escribas, tu aptitud sondea.
Entre los claros genios, que benigna

creó Natura, en repartir se place
sus varios dones. Pinta bien el uno
en dulces metros, amorosa pena:
un epigrama armar de un dicho agudo
saben otros también: hasta los astros
Malherbe encarecer los claros héroes,
y celebrar Racán bosques y Ninfas.
Mas hay también quien las lisonjas oye
de su amor propio, y engañado escribe;
y el que de algún mesón con rudos versos
iba tiznando ayer los rotos muros,
hoy a cantar se arroja impertinente
del pueblo hebreo la triunfante fuga,
por los desiertos a Moisés persigue,
y con su duro faraón se anega.
Ya festivo tratéis, ya grave asunto,
hermánese la rima al buen sentido,
que discordes no están, cuanto alguien piensa.
Sierva es la rima, obedecer le cabe:
quien primero en buscarla se afanaba
hállala luego dócil a su mente:
de la razón al yugo al fin se rinde,
y, lejos de dañar, sirve y adorna.
Mas de quien la descuida ella se esconde,
y el sentido después la busca en vano:
seguid pues la razón, y de ella sola
valor y lustre vuestro verso aguarde.
De insensato furor alucinados
los más desquician siempre el pensamiento,
en sus monstruosos versos desdeñando
decir lo que otro imaginar pudiera;
huyamos tal exceso; y la honra toda
de tan vano oropel guarde la Italia.
Todo ceda y se acerque al buen sentido;
que si es la senda angosta y resbalosa,
y a leve olvido el precipicio sigue,
sólo por ella la razón camina.

Autor hay que prolijo no descansa
si su objeto no apura y desmenuza:
se le ofrece un palacio, y lo primero
la fachada te pinta; una por una
por las estancias todas te pasea;
cada dos pasos a un balcón te asoma
para que notes los balaustres de oro;
un vestíbulo aquí, la escalinata

por otro lado, y por contar del techo
los óvalos, la nuca te destruye.
Todo astrágalos es, festones todo.
Yo voy saltando páginas, y apenas
por el jardín me salvo escabullido.
Huye tú así tan vanos pormenores;
siempre lo que es superfluo es enojoso,
y empalagado el gusto lo repugna:
sabrás escribir quien sepa ser conciso.

Por evitar un mal ¡oh cuántas veces
damos en mal mayor! Un verso flojo,
que voy a corregir y duro le vuelvo:
quiero no ser prolijo, y me hago obscuro;
aquel, por no afectar, es seco y pobre:
éste no es bajo, y piérdese en las nubes,
quieres te ame el lector, varía el estilo;
que si uniforme y siempre igual camina,
aunque más brille, es fuerza nos aduerma,
y son poco leídos los autores
que, reclamamos del sueño, en igual tono
nos cantan siempre a estilo de salmodia.
Feliz aquel, que con flexible verso
y con ligera voz llevarnos sabe
de grave en dulce, y de jocoso en serio:
dulce al lector su libro, a Febo grato,
hará que sin cesar de su librero
cerquen la tienda ansiosos compradores.

En todo asunto huid los bajos modos,
pues cabe su decoro en todo estilo.

Pudo agradar o deslumbrar un día
burlesco absurdo, a confusión del juicio;
hinchida de retruécanos vulgares
corrió sin freno licenciosa rima;
y el Pindo habló lenguaje de mercados,
disfrazado en truhán el mismo Apolo.
De la provincia se extendió esta peste
a París y la Corte; desde el pueblo
a boca de los príncipes pasando:
no hubo en fin chocarrero sin aplausos,
y el mismo Dassucí logró lectores.
Al cabo ya la extravagancia fácil
de tan vil gusto apercibió el palacio:
lo que es grotesco, o natural gracioso,

distinguir supo, y desterró por siempre
a las provincias la grosera gracia.
¡Oh nunca empañe tus sencillos versos
género igual! Mas de Marot aprecia
la culta chanza, y de talento sirva
la burla infame al charlatán de plaza.

Tampoco vayas, de Brebuf a ejemplo,
por ser Farsalia, en campos hacinando
de heridos héroes montes gemebundos.
Toma un medio, con arte sé sencillo,
noble sin pompa, y sin afeite grato.
Cuanto agradar no deba, omite canto,
severo oído a la cadencia ajusta,
y el hemistiquio en la mitad del verso
quede siempre suspenso, haga una pausa.
Procura que en el tuyo presurosa
una vocal con otra a herir no vaya:
sonoras voces presta a la armonía,
y huye el encuentro de sonidos duros:
la idea más feliz, el mejor verso,
pierde el vigor cuando al oído ofende.

Del Parnaso francés allá en la infancia
el capricho fue ley: líneas rimadas,
voces de inelegante desaliño,
sin ritmo ni medida eran los versos:
en tan grosera edad, supo el primero
Villón dar regla a la rutina oscura
del vicio trovador; Marot tras éste
con mascaradas, tríos y balatas,
varió la rima, y al rondel gracioso
con estribillo intercalar sujeta;
nuevo artificio en componer mostrando.
Ronsard después con raro modo emprende
todo arreglarlo, y todo lo confunde:
y aunque gustó algún tiempo, al fin la musa
que en francés quiso hablar latín y griego,
vio derrumbarse con grotesco salto
de sus vocablos el pedante orgullo,
y del loco escritor la gran caída,
sirvió a Deporte y Berto de escarmiento.
Vino Malherbe, en fin, primero en Francia
que al metro supo dar cadencia justa:
mostró el valor de bien situadas voces,
y al Pegaso, aún feroz, redujo al freno.

Sabio escritor, a quien la lengua debe
no herir ingrata al delicado oído:
dio movimiento y gracia a las estancias,
y vedó el cabalgar verso con verso:
a todos fue, y aún es, modelo y guía.
Sigamos pues sus huellas, imitando
de su elegante frase la pureza,
porque a la menor duda que en el verso
suspende la atención, desmaya al punto,
y de sonidos vagos fastidiada,
al misterioso autor seguir desdeña.

Talentos hay que entre tinieblas densas
sus confusas ideas siempre envuelven,
impenetrables de razón al rayo;
tú, antes que escribas, a pensar aprende:
la expresión copia siempre al pensamiento,
clara u oscura, como lo es él mismo:
lo que bien se concibe, bien se enuncia,
y voluntaria la dicción se ofrece.
Sobre todo, la lengua en vuestro estilo
siempre sagrada, inviolable sea:
con voz impropia, o con vicioso modo
en vano adula ingrato son mi oreja:
ni hay para mi aflicción como el encuentro
de un solecismo en la mitad de un verso.
El autor más sublime, sin lenguaje,
será en el fondo un escritor maldito.

Trabaja, aunque te apuren, con sosiego;
no de inútil presteza haciendo alarde,
rápida frase de tropel forjada,
mas que el ingenio el poco juicio indica;
así por blanda arena deslizado,
o entre flores dormido el arroyuelo
mas me deleita, que el rumor fragoso
con que un torrente entre peñascos cae.
afánate despacio, y veinte veces
la tela vuelva al obrador tu mano.

Limar conviene siempre, y pulir mucho,
añadir algo, y condenar sin miedo.
Ni basta que un escrito, hirviendo en faltas,
rasgos de ingenio alguna vez despida;
su lugar propio ocupe cada cosa;
y al principio y al fin responda el medio;

y, cual piezas por mano delicada
juntas, un sólo todo hagan las partes.
Ni lejos del asunto divagando,
a buscar vayas frases peregrinas.

¿La crítica te espanta? A criticarte
aprende tú severo: la ignorancia
es de sí propia nata admiradora.
Busca amigos, que sepan ser censores,
de todo error intrépidos contrarios;
confíales tu obra, y para oírlos,
la vanidad de autor caiga a sus ojos:
mas no llames amigo al lisonjero
que en aplauso exterior de ti se burla;
toma al consejo, y no al elogio, gusto.

Al punto exclama un lisonjero, ¡oh bravo!
No hay verso que no admire y no celebre,
todo es bello, divino, con elogios
te interrumpe al leer, y de ternura
a cada paso el llanto se le suelta.
De extremos tales la verdad carece:
inflexible, severo, el buen amigo
nunca en errores descansar te deja,
negligencias de estilo no perdona,
ni dislocado un verso sufrir puede
la locución enfática reprime,
allí el sentido, aquí la frase enmienda;
aquella construcción, dice, es oscura,
aquel término equívoco, aclaradlo:
así habla siempre el verdadero amigo.

Mas tal lenguaje raro autor le escucha:
tercos en defender cuanto producen,
del agraviado error toman la parte.
¿La expresión, dices, de este verso es floja?
-Justamente es mi verso favorito,
responderá. -Por fría yo quitara
aquella voz. -La más feliz de todas.
-Me disgusta esa frase. -A todos gusta.
Firme así en no ceder, tu misma nota
le da a estimar su error; y luego dice,
busca un censor que de sus versos sea
juez imparcial: mas su modestia es lazo
en que te prende, a fin de que los oigas.
Los oyes, y te deja; y otro incauto

busca a quien embobar, que nunca falta:
que si necios autores tiene el siglo,
de admiradores necios no escasea;
pues se hallan en París, como en provincia,
en el alto palacio, y grave foro:
engendro literario no hay tan triste
que no halle un cortesano por padrino;
y, en sátira acabando, nunca falta
a un tonto, otro más tonto que le admire.

CARÁCTER, ESTILO Y PROPIEDAD CONVENIENTE A CADA GÉNERO DE POEMAS

Canto segundo

Cual no se adorna, en fiestas, la aldeana
de oro luciente, o rica pedrería;
mas de su prado amigo alcanza flores,
que da en guirnalda a sus airosas trenzas:
así halagüeño, y con modesto porte
brilla sin pompa el elegante idilio;
su estilo simple, ingenuo, y no fastoso,
esquiva el lujo de pomposos versos,
y debe sólo a su genial dulzura,
no a grandes frases, el placer que inspira.

Muchos, perdiendo el hilo delicado,
Rabel y avena de despecho arrojan;
y locos, en mitad de un tierno idilio,
hacen sonar la rumorosa trompa;
de miedo Pan se esconde entre las cañas,
y huyen al agua tímidas las ninfas.
Otros, de humor contrario, a sus pastores
prestan lenguaje tan villano y tosco,
que el desgraciado verso tristemente
por la tierra se arrastra envuelto en lodo;
cual si Ronsard grosero a inflar volviera
la ruda avena en góticos idilios,
convirtiendo, a despecho del oído,
a Titiro en Antón, y en Menga a Filis.

Sigue, si anhelas el mejor sendero,
de Virgilio y Teócrito los pasos;
lee sus áureas páginas, escritas

de mano de las Gracias, noche y día:
reglas del arte son sólo sus versos,
que lo más bajo a ennoblecer enseñan,
a pintar a Pomona en sus vergeles,
Flora en sus campos, y de dos pastores
decir el dulce contender cantando:
lazos de amor llorar inevitables,
a Dafne hacer laurel, flor a Narciso,
y con cual arte, en fin, selva y zampoña
pueden a veces ser de un cónsul dignas.
Tal gracia, tal valor la Égloga tiene.
Con más sublime son, no más altivo,
la flébil Elegía, en negro manto,
suelto el cabello, entre cipreses llora:
gustos de amor pintando, o dulces penas,
conmueve o satisface a la hermosura:
mas para propagar tan blando fuego
conviene amante ser, más que poeta.

¡Oh cuál la Musa lánguida me enoja,
que de su llama siempre, habla entre hielos.
Y artificiosa, por rimar, presume
siempre morir o enloquecer de amores!
Voces son, y no más, sus graves ansias;
sólo por tema arrastran sus cadenas,
su afán bendicen, su prisión adoran,
y dan al juicio y la razón tormento.
No fue, en verdad, tan afectado el tono
en que inspiraba amor los dulces versos
que suspiró Tibulo; ni de Ovidio
inflamando la tierna melodía
de la amorosa ciencia los arcanos
así dictara. Al corazón tan sólo
toca dar blando aliento a la Elegía.

Igual en brío, y superior en pompa,
la Oda sus alas ambiciosas tiende,
y sube al cielo a embelesar los dioses.
Ya en Elide abra el campo a los atletas,
ya al polvoroso vencedor coronel
Aquiles en furor pinte a la orilla
del Simoente, o al soberbio Escalda
haga humillarse de Luis al yugo.
Cual oficiosa abeja a veces vuela
de flor en flor los prados despojando;
danzas, festines, juegos ora pinta;

ora un beso celebra, dulce robo
de los labios de Filis, que sin fuerza
le rehuye, y que a veces caprichosa,
para dejarle arrebatarse, le niega:
y aunque sin freno al parecer delira,
hijo es del arte su desorden bello.
Lejos de mí los tímidos cantores,
que al estro dan didáctica medida,
y no del héroe el vuelo generoso,
sino el hilo sutil del tiempo siguen:
ni osan alzar los ojos de la historia,
ni a Dola toman sin rendir a Lila,
o si con versos coronistas antes
no echar por tierra de Coutraí los muros:
en fuego ¡oh cuán avaro les fue Apolo!

Por probar a los Galos rimadores
aquel singular Dios, dicen, que un día
rígidas leyes prescribió al Soneto.
En dos cuartetos de medida iguales
con gracia hizo alternar dos solas rimas;
luego seis versos enlazó en tal modo
que el concepto en tercetos los separe:
toda licencia prohibió en tal obra,
fijole, él mismo, número y cadencia,
cerró la entrada a todo verso débil,
la misma voz no consintió dos veces;
y así, en fin, le adornó, que si es perfecto,
al más largo poema en precio iguala.
Mas ¡ay! que inútilmente mil poetas
al premio aspiran: el soneto es Fénix
que aun está por hallar: se admira apenas
en Gamboldo, en Minard, o Malevila,
uno o dos entre mil; los otros tristes,
cual los de Peletier, sin ser leídos
del librero al droguista van de un salto,
porque les viene siempre al pensamiento
larga o corta la rígida medida.

En más ceñidos límites más libre
el Epigrama es, con frecuencia, sólo
un dicho agudo envuelto entre dos rimas.
Tiempo fue en que ignoraron nuestros vates
del conceptillo o sutileza el uso:
de esta plaga la Italia el don nos hizo,
y al vulgo deslumbró, que al nuevo cebo

ávido corre y de favor le colma,
él insolente cunde, y luego infesta
con enjambre de equívocos el Pindo:
al simple Madrigal primero invade,
penetra luego hasta el Soneto altivo,
abrigale en su estilo la Tragedia,
la Elegía le admite en sus clamores:
no daba amor suspiro sin concepto,
ni hubo pastor que en su dolor no fuera
más fiel a la agudeza que a su Filis:
andaban los vocablos con dos caras,
como en- el verso en la Corriente prosa;
con ellos hizo equívoca el jurista
la ley, y el doctor grave el evangelio.
La ultrajada razón, al fin despierta,
le expulsó por jamás del serio estilo,
y marcado de infamia en cualquier obra,
le confinó por gracia al Epigrama,
con tal que el chiste láncese oportuno
del pensamiento, y nunca del vocablo.

Así se atajó el mal: aunque en la corte
quedaron siempre insípidos graciosos,
miserables juglares, partidarios
del gusto añejo del jugar de voces.
No porque yo repruebe que festiva
o maligna la vena a tiempo abuse
del sentido indirecto de un vocablo:
el exceso reprendo, y que te ocupes
en aguzar con frías sutilezas
la cola de un insípido Epigrama.

Cada poema en galas privativas
se adorna: así, por hijo de las Galias,
muestra el Rondel su ingenuidad alegre.
En su gótica forma aun la Balata
por el capricho de las rimas luce;
y el simple Madrigal en noble tono
respira amor, ternura y sentimiento.
De sátiras se armó la verdad misma,
no por herir, mas por mostrarse al hombre:
Lucilio la adoptó, cual fiel espejo
de los vicios de Roma, vindicando
a la humildad de la opulencia altiva.
y al justo a pie, del pérfido en litera.
Horacio a esta acritud su humor jocoso

juntó, sin que en su tiempo hubiese en Roma
fatuo ni necio impune; y triste el nombre
de escarnio digno, y propio a la cadencia,
que se halló preso en su maligno verso.

Persio en el suyo oscuro, aunque nutrido,
más cosas afectó envolver que voces.
Juvenal, hecho al escolar estruendo,
la hipérbole mordaz lleva a lo sumo:
de terribles verdades su obra henchida,
en sublimes bellezas centellea:
ya que, al abrir de un pliego, a sus pies huella
del vil Sejano la adorada estatua;
ya que al senado arrastre a los ministros,
aduladores trémulos e infames
de un suspicaz tirano; o, roto el freno
de su impúdica furia, a Mesalina
venda en vil precio al lupanar romano:
siempre en estro y furor sus versos hierven.
Procaces versos toleró el Latino;
mas el lector francés ama el decoro:
cualquier sentido obsceno le displace,
cuando la voz no le disfrazaba honesta:
candor quiere la Sátira, y no en voces
desvergonzadas predicar vergüenza.

Arte y juicio aun la leve seguidilla
requiere. Mas no es raro que el acaso
o el vino inflame a una ignorante vena,
y un niño sin talento haga una copla.
De hallazgo tan casual no el humo vago
suba a desvanecer tu mente incauta.
¡Qué es ver como el autor de una coplilla
se apropia al punto el título de vate!
Luego un Soneto suda, o bien trasnocha
por seis repentes que improvisa al día;
y gracias, si en locura rematado,
no imprime al fin sus maravillas necias;
y él mismo al frente de ellas no se graba
por buril diestro, y de laurel ceñido.